



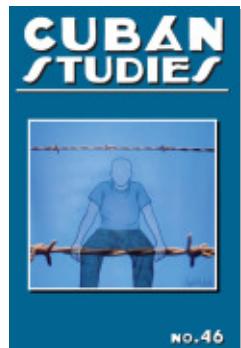
PROJECT MUSE®

---

*Geographies of Cubanidad: Place, Race, and Musical Performance in Contemporary Cuba* by Rebecca M. Bodenheimer  
(review)

Jorge Duany

Cuban Studies, Volume 46, 2018, pp. 385-387 (Review)



Published by University of Pittsburgh Press  
DOI: <https://doi.org/10.1353/cub.2018.0028>

➔ For additional information about this article  
<https://muse.jhu.edu/article/690911>

**Rebecca M. Bodenheimer.** *Geographies of Cubanidad: Place, Race, and Musical Performance in Contemporary Cuba.* Jackson: University Press of Mississippi, 2015. 308 pp.

Recientemente escuché un chiste que recoge el desdén común de los habaneros hacia los habitantes de otras provincias cubanas. El chiste formula la pregunta: “¿qué es un pinareño?” —es decir, un habitante de Pinar del Río—. La respuesta: “un palestino [oriental] al que se le pasó la parada de guaguas [autobuses] en La Habana.” En Cuba, la percepción prevaleciente es que las regiones de Pinar del Río y Oriente son mucho más “atrasadas,” rurales y pobres que la ciudad capital. La creciente migración de personas del extremo oriental de la isla —de donde provienen los “palestinos”— hacia La Habana ha sido objeto de rechazo y burla, según evidencia el humor popular.

La obra provocadora, incisiva y bien fundamentada de Rebecca Bodenheimer aborda un tema poco explorado en la bibliografía sobre la música popular cubana: las diferencias —y a veces rivalidades— entre la vertiente occidental y la oriental de la identidad nacional en la isla. Sobre todo, se trata de la tenaz bifurcación entre habaneros y santiagueros en la historia cultural, económica y política de Cuba, desde la época colonial española hasta el presente. El libro es una versión revisada y actualizada de la tesis doctoral en etnomusicología de la autora, que giró en torno a la rumba contemporánea en Matanzas y La Habana, y luego se amplió a Santiago de Cuba y Guantánamo. Su propósito básico es destacar el papel de las prácticas musicales en la construcción de identidades locales, regionales y nacionales en la Cuba actual. En particular, se examinan la rumba, el son, la timba, el changüí, el reggaetón y otros géneros populares en la isla.

Bodenheimer parte de la premisa de que el discurso dominante sobre la cubanidad ha sido racializado y regionalizado, antes y después de la Revolución cubana de 1959. El origen de dicho discurso puede trazarse a la utopía esbozada por José Martí de una “nación para todos,” sin reparar en las fisuras étnicas y geográficas dentro de la emergente república cubana. Siguiendo a teóricos como Doreen Massey y Stuart Hall, la autora escudriña la “política espacial” que vincula ciertos lugares y prácticas musicales con grupos étnicos particulares, como la representación habitual de Matanzas como “la cuna de la cultura afrocubana.” Un tema recurrente del libro es la racialización de la rumba matancera como ícono de la negritud y del son santiaguero como género mulato. A lo largo de su argumentación, Bodenheimer incorpora los aportes de la geografía y la antropología cultural para interpretar cómo la música popular se entrelaza con los espacios físicos en la formación de identidades colectivas.

*Geographies of Cubanidad* se asienta en el trabajo de campo etnográfico de la autora en La Habana y Matanzas entre agosto de 2006 y mayo de 2007,

seguido de una estadía más corta en Santiago de Cuba durante el verano de 2011. El proyecto se centró originalmente en los circuitos rumberos de La Habana y Matanzas, donde Bodenheimer aprendió a bailar y tocar el género con el grupo folclórico Los Muñequitos de Matanzas. Bodenheimer había conocido a su esposo santiaguero, Lázaro Moncada Merencio, en el famoso Callejón de Hamel en Centro Habana en el 2004, y se casó con él en el 2008. Esta relación sentimental probablemente incidió en su decisión posterior de extender su investigación a Santiago. Su metodología consistió primordialmente en la observación partícipe en ensayos y representaciones musicales, así como en entrevistas no estructuradas con miembros de varios grupos musicales, como el Ballet Folklórico de Oriente. También recurrió al análisis textual de las canciones y a la investigación de archivos históricos como los del Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana en La Habana y la Casa del Caribe en Santiago.

El hallazgo principal de la investigación fue que, al contrario de la noción hegemónica de la cubanidad, la identidad nacional sigue estando atravesada por divisiones geográficas, especialmente entre La Habana y Matanzas y el resto de la isla. La región oriental es considerada demográficamente como la más “negra” de la isla, mientras que Camagüey suele verse como la más “blanca.” Matanzas, como ya se mencionó, supuestamente representa la negritud más auténtica en cuanto a tradiciones musicales y religiosas. A su vez, La Habana aparece en el imaginario popular como la ciudad más híbrida racial y culturalmente, así como la más cosmopolita y moderna del país. El análisis de las letras de canciones de orquestas bien conocidas como Los Van Van y NG La Banda muestra la persistencia del regionalismo en la música popular contemporánea. Sin embargo, los estudios especializados han tendido a privilegiar los ritmos asociados con la región occidental como la rumba y la timba, y a marginar las tradiciones populares orientales como la conga o la tumba francesa. Incluso, algunos ensayos recientes han cuestionado los orígenes del son cubano en la región oriental de la isla.

Bodenheimer plantea un asunto clave para los estudios culturales cubanos: la perseverancia de desigualdades regionales y raciales en la producción, distribución y consumo de la música popular. Su meticulosa investigación documenta las fracturas de la narrativa convencional sobre la identidad nacional, especialmente a partir de la crisis económica de la década de 1990 en Cuba. Su experiencia de campo, realizada en tres ciudades de la isla, le permitió contrastar las prácticas musicales en diversas regiones. Dado el tamaño limitado de su muestra y el análisis mayormente cualitativo de los resultados, resulta difícil replicar un estudio como este. Además, es prácticamente imposible evaluar el efecto subjetivo de la presencia de una investigadora estadounidense (blanca) y su relación con un cubano (negro) en los hallazgos. No obstante, *Geographies*

*of Cubanidad* contribuye sustancialmente a identificar y analizar un problema válido y pertinente para mayor reflexión académica, que el choteo criollo ya ha reconocido cuando se mofa de los estereotipos de habaneros, orientales y pinareños.

JORGE DUANY  
Florida International University

**Irina Pacheco Valera. *Imaginarios socioculturales cubanos. La Habana: Editorial José Martí, Instituto Cubano del Libro, 2015. 337 pp.***

Si cada generación debiera interpretar su historia, entonces está obligada a una formación intelectual que le permita descubrir lo esencial. Las condicionantes suelen ser infinitas. Nadie podría atraparlas. Sin embargo, para dejar a un lado el esquematismo, las descripciones rígidas, el voluntarismo, el teleologismo y dogmatismo que ha padecido la disciplina histórica a nivel mundial y nacional, pese a los ejemplos de consagración científica, resulta determinante una mirada múltiple en la que intervengan el mayor número de ciencias posibles relacionadas con el estudio del hombre y la sociedad. Sería lo que ya en nuestro siglo XIX se nombrara, como gesto fundador, una antropología filosófica. Esta concepción surgía entonces cuando ganaban la batalla, en el terreno intelectual, los “constructores” de la ciencia del hombre a través del análisis de su conciencia individual. Lugar privilegiado, sin dudas, se concedía a la sicología —ciencia en cierres todavía— en detrimento de la ideología que ya había comenzado a dar sus frutos en el siglo XVIII.

Desincrustar conceptos, fundar otros nuevos que permitan la comprensión de las sociedades pasadas y presentes, no es tarea de un día. Los estudios culturales, especialmente, se rebelaron contra el status de una academia cuya furia clasificatoria, y de “verificabilidad,” perpetuaba la distancia —ínfima, por cierto— que se establecía entre el modo de producir en una época y las expresiones subjetivas de sus mentalidades, las representaciones simbólicas de los imaginarios socioculturales.

El concepto de inconsciente colectivo o imaginario colectivo sienta la precedencia, después de largas discusiones entre las más diversas tendencias dentro de esta escuela historiográfica, desde las concepciones idealistas de Philippe Ariés hasta las más sensibles a las estructuras socioeconómicas como George Dubby, y las más totalizadoras en la cosmovisión de Robert Mandrou. Aparecería el concepto de imaginarios sociales en la obra *La institución imaginaria de la sociedad* (1975) de Cornelius Castoriadis para interrogarse nuevamente sobre la independencia de las ideas con relación a lo económico y explicar, con